

trató en su rostro; la modestia y compostura difundieron en todo su cuerpo la gracia y embeleso; finalmente, todas las virtudes concurren felizmente á formar esta Virgen, de tal manera, que ellas mismas, pasmadas de su obra, tomarán de ella sus tipos y sus normas.

Al frente de este compendioso cuadro de la grandeza de la Virgen María, ¡cuán fundadas aparecen las apreciaciones varias que los Santos Padres han hecho de su perfeccion y santidad! San Epifanio llama inmensa su gracia: San Agustín, inefable: el Crisóstomo, incomprendible; y excedente á la de todos los Santos, la califica San Vicente Ferrer. San Jerónimo afirma que la gracia toda de Dios, se derramó en la Virgen María; como San Bernardo sostiene, que recibió toda la que es capaz de recibir una humana criatura. ¡Cuán justificadas son igualmente las inmensas alabanzas con que la honran otros Santos! El Damasceno se empeña en celebrar su nacimiento y su nombre, porque por María se regeneró la humanidad, convirtiendo en alegría la tristeza que le legó su primera madre (1). El A. Ruperto, porque como la aurora es el fin de la noche, así el nacimiento de María fué el fin de nuestros males, y su divino nombre, la estrella esplendente, que anunció el día eterno de nuestra felicidad (2). San Jerónimo, porque María fué la prenda y realizacion de las promesas de Dios; y el Crisólogo reuniendo en su santísimo nombre la dignidad, su grandeza y santidad, nos dejó escrito: *Dignitas virginis auctiatur ex nomine* (3). ¡Cuán dignos y gloriosos se ostentaron también los deseos ingentes, con que los setenta y tres siglos del mundo, que precedieron al nacimiento de María, alimentaban en competencia su esperanza de contener el día de su aparecimiento sobre la tierra, que los Patriarcas y Profetas les anunciaban como único medio de la reparacion de la especie humana!

(1) Serm. de Nativitat, V.

(2) Lib. 6. in Cantic.

(3) In Michaeas propter.

Cuando el supremo autor del universo, miró en el día sexto de la creacion el conjunto de las obras de su omnipotencia y sabiduría en el orden de la naturaleza, le merecieron la calificacion de eminentemente buenas: *Et erant valde bona*, nos dijo por el Génesis, al gozarse en ellas (1). Así mi fe concibe que cuando en el año 26 del imperio de Octaviano Augusto y en la ciudad de Nazaret, vió Dios sobre la tierra la obra más digna y perfecta de su omnipotencia y sabiduría en el orden de la gracia, la apreció de eminentemente santa: *Valde sancta!* frase que el Arcángel Gabriel tradujo propiamente cuando la saludó llena de gracia *¡Gratia plena!* Y ordenó imponerle un nombre: ¡María! nombre único que, segun San Bernardo (2), pudiera dar idea de su dignidad y su grandeza; y nombre que da complacencia al Cielo, regocijo á los Angeles, y á los hombres gozo y esperanza en la tierra. Nombre á cuyo eco sonoro las potestades del cielo doblan la rodilla y las del infierno su cerviz rebelde á los pies de la misteriosa mujer, que conculcó el orgullo de la hidra venenosa del paraíso. Hé aquí, señores, los fundamentos en que mi fe se apoya para esforzarme en persuadiros que el glorioso nacimiento y dulce nombre de María, son la complacencia y gloria de la Augusta Trinidad en el Cielo. Mas en la tierra son también la firme esperanza de todos los pecadores.

Los dones todos que la humanidad pide y espera constantemente de la Providencia y Misericordia del Señor, se refieren al orden de la gracia y al de la naturaleza. Los del primero tienen por fin la santificacion de las almas, los del segundo la fruición justa y honesta de las obras de la creacion y de sus mil influencias y combinaciones en provecho de la vida del hombre. En ambos órdenes, la Virgen María es el instrumento y canal por donde la Providencia los concede. El curso y sucesion de las gracias

(1) Génesis C. I. v. 31.

(2) Super Missus.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

espirituales, que Jesús había de derramar en las almas, tuvo su emanación primera en la que llevó á Juan, hijo de Isabel, en el misterio de la visitación. Entonces Jesús comunicó á su precursor esta primera de las gracias de santificación, por la mediación, á la presencia y á la voz de María. Igualmente, en el misterio de Canaá, por la mediación, á la presencia y á la voz de María, Jesús, convirtiendo el agua en vino, emprende el curso y sucesión de los milagros en favor de las necesidades temporales de los hombres. Estos hechos: uno, el de la primera de las santificaciones; otro, el del primero de los milagros de Jesucristo, obrados ambos en su primera emanación por la mediación de María, son testimonios irrecusables de su influencia y de su valimiento en el curso constante de las donaciones del Señor á los hombres. ¿Qué idea más extraordinaria, qué testimonio más considerable pudiera darnos Jesús del poder que ha concedido al ruego de María, que el manifestar por ella *la hora de su gloria*, en ambos casos? Desde el momento del milagro de Canaá, las donaciones de Dios, en provecho del bienestar de los hombres, comenzaron á depender del valimiento de su Madre; y desde el instante de la visitación á Isabel, todas las gracias espirituales para la santificación de las almas, comenzaron á derramarse por la mediación de María.

A ese intento, encomiando San Bernardo la compasión, la ternura y misericordia de la Virgen María, nos dice: “De la fuente de misericordia ¿qué otra cosa puede emanar sino misericordia? ¿Por ventura la mano que por espacio de algunas horas ha tomado un fruto aromático, no conserva su buen olor por mucho tiempo? ¿Pues cuánto no debió la Misericordia impregnar de su virtud las entrañas de María en que reposó por nueve meses? tanto más cuanto que llenó su alma antes de llenar su seno y al salir de su seno no se retiró de su alma (1).”

(1) Serm. 1^o in Dom. 1^o oct Epiphan.

En el primer milagro de Jesucristo se presentan, en primer término, la confianza de María para pedir á Jesucristo, y su poder para obtener. Ambas consideraciones están fundadas en su carácter de Madre de Dios; y como este carácter es común á los hombres, porque María, por testamento de Jesucristo los adoptó por hijos en el supremo momento de la Cruz, es necesario creer, que los hombres, los hijos también de María, debemos poner toda nuestra esperanza en su confianza para pedir á Jesucristo y en su poder para obtener y dar á los hombres los beneficios de Jesucristo. Considerando en toda la extensión de que es capaz este pensamiento, que yo apenas he podido bosquejaros, ¿necesitamos de más razón para poner en el corazón sagrado de María toda nuestra esperanza? ¿Dudaremos aún que ella no corresponda á nuestros deseos siempre que ellos se funden en complacer la voluntad de Jesucristo, única condición que su Madre puso á los necesitados de la primera munificencia de Jesús? *¡Haced lo que os diga!* (1).

Concluyamos, señores, con robustecer la creencia de que la Madre de Dios y de los pecadores, que se llama María, debe de ser toda nuestra esperanza en este valle de lágrimas y de penas; porque su misericordioso corazón jamás podrá desoir las plegarias, que humildes y fieles, le dirigamos los desterrados hijos de Eva, envueltos en las miserias que ésta nos legó como fruto de su desgracia. Que el dulce nombre de María sea para los cristianos luz, guía y consuelo; su corazón, nuestro refugio; su misericordia, nuestra esperanza y su poder la medida para nuestros beneficios. María tiene compasión de los pecadores, como una madre la tiene de sus hijos: ella inspira al pobre la resignación, al rico la misericordia y al desgraciado el valor. Al enfermo alcanza la salud, al perseguido la justicia, al inocente la victoria, al huérfano el sustento, á la viuda el amparo, á la sociedad la

(1) Joan. C. 2. v. 5.

paz, á la Iglesia el triunfo y al pecador el perdon. Por esto María nos pide el homenaje, el culto y el amor que le son debidos. Mas ninguna alabanza le es más grata que la inmolation de nuestras voluntades contrarias á las de Dios; el cumplimiento de su santa ley; la práctica de la paz; las obras del amor fraternal.

¡Oh María llena de gracia! ¡María, estrella del mar proceloso en que boga el hombre combatido de las olas del primer pecado! Conoceros es la vida para el espíritu y para el corazon del pecador. Nombraros es su alegría y consuelo; y amaros será su premio y su felicidad, porque sabemos y os confesamos Hija del poder eterno, Madre de la divina palabra, Esposa castísima del amor perfecto y templo dignísimo de la Santísima Trinidad. ¡Bendita y alabada seas por todos los siglos de los siglos!.—AMEN.

S E R M O N
SOBRE LA ANUNCIACION

PREDICADO EN ZAPOPAN

EL DIA 18 DE DICIEMBRE DE 1885

POR EL
M. R. P. GUARDIAN DE CHOLULA

Fray Manuel de la Concepcion Muñoz Cano

Ne timeas Maria, invenisti enim gratiam apud Deum.

No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.

Luc., I, 30.

¿Quién me diera, señores, una lengua celestial, para hablaros del grandioso misterio que celebra hoy la Iglesia, y nos tiene congregados en el templo con un solo corazon y un voto de gratitud, por los singulares beneficios que se nos han dispensado con la mediacion de aquella Virgen pura, que ha arrebatado al mismo Dios en los más dulces trasportes de su amor divino? Porque ni la lengua de los Angeles, ni el ardor de los Serafines, inflamando á los mortales, ha podido arrancarles los elogios que merecen la hermosura y santidad, de la que, en com-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.